

*Sin Padre Terrenal,
Adoptado por el Padre Celestial*

A menos que se indique lo contrario, todas las citas fueron tomadas de la Biblia Reina-Valera, Revisión 1960.

Revisión
Bernie Vázquez
Elia Pérez Ortiz

Portada:
Julio Splinker

© **Ediciones Las Américas, A.C.**
Prol. Reforma 5514, Col. La Libertad, 72130
Apdo. Postal 78, Puebla, Pue. 72000
Tels (01) 222 248 2323; 248 3923 y 249 5984
www.edicioneslasamericas.com
ela@edicioneslasamericas.com

Se dio término a la impresión de este libro el 28 de noviembre de 2016 en los talleres de Ediciones Las Américas, A.C.

Tiro: 1,000 ejemplares
Impreso en México

PREFACIO DEL DR. ABIMAEEL BORBOLLA

“Estoy convencido que mi Padre celestial me permitió prepararme para bendecir a mi gente latina”, fue una de las primeras frases que escuché de José Antonio cuando lo conocí. Su sencillez me impactó y ministró mi vida, ya que gracias a Dios le permitió obtener tres maestrías y es candidato a un doctorado en Antiguo Testamento.

Creo con firmeza que esta obra *Sin padre terrenal, adoptado por el Padre celestial*, es una de esas formas que Dios usará para bendecir a los latinos desde la pluma de José Antonio.

Su estilo es poético y su narrativa es descriptiva, y en cada frase que plasma, como pinceladas de un maestro pintor, nos permite visualizar y comprender con profundidad los estragos de la orfandad, no solo la real que vivió él, sino la espiritual, la que todos experimentamos en algún tiempo de nuestra vida sin Dios.

Al mismo tiempo contrasta las bendiciones que el Padre celestial tiene para sus hijos, a los que Él adoptó y ahora pueden vivir en plenitud esa relación y bendición de su paternidad.

José experimentó en carne propia la palabra que dice: ***Aunque mi padre y mi madre me dejen***, (Salmos 27:10a, RV60), lo cual usted comprobará durante la lectura de esta obra; pero lo que es mejor, experimentó lo siguiente: ***con todo, Jehová me recogerá*** (Salmos 27:10b, RV60), y esta parte de su obra es la que aumentará su fe, acrecentará su esperanza y le impulsará a vivir las bendiciones de su Padre celestial.

Agradezco a Dios por la sensibilidad de José Antonio para compartirnos su vida. Será muy alentador para los adolescentes y jóvenes leer esta obra, y para los que ya son padres traerá una

orientación para el desempeño de su función paternal, inspirándose en la del Padre Celestial.

El Pastor Abimael Borbolla Mata, profesor de teología y pastoral y escritor de un sinnúmero de artículos.

PREFACIO DEL DR. ASCANIO PEGUERO

Mi conversión al Evangelio vino años atrás en Alemania, cuando serví como soldado de los Estados Unidos en dicha nación. En la tierra de Martín Lutero, donde se inicia el gran movimiento de la Reforma, es donde damos nuestros primeros pasos infantiles y tomamos por primera vez la tan ansiada leche espiritual. No muy lejos de donde residíamos se encontraba la ciudad de Worms donde en el año de 1521 Martín Lutero rehusó renunciar a sus puntos de vista Bíblicos y convertirse en un fugitivo de la ley.

En su misericordia, durante nuestra estadía en Alemania, nuestro Dios nos envió a Anita. Anita, de origen alemán y miembro de la Iglesia a la cual pertenecíamos, había estado casada con un soldado estadounidense y su inglés era perfecto. Anita fue nuestra guía espiritual en esos primeros años en nuestra fe y oma (abuela) para nuestros hijos.

Mientras estábamos en Alemania, sentimos el llamado de ser misioneros y comenzamos el proceso para seguir este llamado. Entre las cosas que nos exigían eran estudio Bíblico en un seminario. Elegimos ir a Fort Worth e iniciamos los preparativos. Anita en su sabiduría, que siempre sobreabundaba, se sentó conmigo y me dijo: “Cuando llegues al seminario, tienes que buscarte un amigo que los dos puedan ayudarse a crecer espiritualmente.”

Los consejos de Anita se plasmaron en mi corazón y me mantuve siempre en alerta y oración buscando esa persona la cual nos ayudaríamos mutuamente a crecer. Ya en Fort Worth, alguien me había dicho que tenía que ir a conocer a un señor el cual había sido misionero en Chile. Pude localizar a la persona y finalmente tuvimos una reunión.

Cuando entré a su oficina me encontré con un señor alto con una voz muy energética que me dio un fuerte apretón de mano y un abrazo bien cálido. Humberto Hardy, quien había sido misionero en Chile por más de 35 años me tomó bajo sus brazos y se convirtió en mi protector y mentor. Humberto se convirtió en aquella persona la cual Anita me había recomendado que tratara de buscar cuando llegara al seminario.

Yo me deleitaba sentarme y escuchar a Humberto contarme historias de como Dios había obrado en Chile a través de él y de otros misioneros en Latinoamérica. Una de las historias que Humberto me contó fue de un misionero que aprovechaba los desfiles en la ciudad donde vivía y evangelizaba proveyendo agua potable para los espectadores en esos desfiles. Humberto comentaba que muchas personas vinieron a los pasos de Jesús simplemente ofreciéndole un vaso de agua fría. Ese día después que escuché la historia a mi “se me prendió el foco.” Inmediatamente pensé en esos muchachos que jugaban fútbol en el parque donde acudíamos en Arlington, Texas a repartir tratados evangelísticos.

Cada miércoles nos reuníamos en el parque y al miércoles siguiente, después de escuchar la historia, ahí estaba yo en el parque con un termo de 5 galones de agua fría, un paquete de vasos desechables, y una bolsa para la basura. Además, logré colocar el pasaje bíblico de Juan 4:14 “Pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente de agua que brota para vida eterna.” (Biblia de las Américas) Una tarde bien calurosa, después de haber jugado fútbol por un tiempo largo, se acercó, al lugar donde estábamos, uno de los jugadores a tomar agua. Este joven curioso era José Antonio. Después de tomar del agua se quedó conversando conmigo. El joven muy curioso, bien sudado y con piel quemada por el sol, hizo muchas preguntas especialmente él quería saber el significado de la escritura bíblica la cual estaba sobre la mesa. Este joven también quería saber qué me motivaba a traerles agua a lo cual yo también le respondí. Después de meditar las palabras que le había dicho me contestó, “hermano (José Antonio no era cristiano todavía, pero me decía hermano) todos estos muchachos se están burlando de usted y a mí me molesta eso. No debería traernos agua porque no somos agradecidos.” Yo le contesté que no se preocupara que yo solamente lo quería hacer.

Después de esa conversación José Antonio y su esposa Verónica, la cual lo acompañaba en las tardes, comenzaron a asistir a los estudios bíblicos que estábamos ofreciendo. Una noche después del estudio bíblico José Antonio me llamó aparte y me dice, “fíjese hermano, de

eso que usted hablaba esta noche en la Biblia, yo no lo tengo. ¿Qué debería yo hacer para tenerlo?” Esa noche José Antonio entregó su vida a Jesús. Después de que oramos me dice, “Perdóneme hermano por tantas preguntas. ¿y qué debe hacer mi esposa para tenerlo? Unas semanas anteriores a este estudio, Verónica también había dado su vida a Jesús en un culto donde El Señor nos regaló una presencia sin igual. José Antonio se quedó sorprendido con la noticia, pero contento de que su esposa ya había experimentado lo mismo que él, esa noche. No tengo palabras para describir el abrazo que se dieron estos dos cuando se encontraron por primera vez ahora siendo cristianos.

A la verdad que tengo que confesarles que a la semana siguiente que José Antonio se convierte me dice, “¿Qué tengo que hacer para hacer un doctorado? Yo siento que El Señor me está llamando en esa dirección.” Ya ustedes se darán cuenta leyendo el libro de los Milagros que ocurrieron mientras el trataba de alcanzar esa meta.

Una tarde mientras estaba yo mirando libros en la librería cristiana en Fort Worth me llamó la atención el título de un libro. Este libro, aunque no recuerdo el autor, estaba dedicado a aquellos que no habían tenido padre terrenal. Yo pensé en una persona muy querida y compré el libro para regalárselo. Cuando le hago el regalo del libro a la persona, esta se ofendió y me dio el libro hacia atrás. Esta persona aún expresó palabras dolorosas. Yo tomé el libro y lo guardé. Un día en una de esas reuniones con José Antonio el vio el libro y le llamó la atención. José Antonio me pidió el libro para leerlo, pero yo se lo regalé. Meses más tarde José Antonio me daba las gracias por aquel regalo.

Yo no sé cuánto influyó aquel libro que le regalé a José Antonio en su vida, pero yo sé que cuando tú leas este libro vas a experimentar como la gracia de Dios transformó la vida de un joven de 19 años sediento y hambriento por el amor de un padre terrenal que nunca tuvo, pero que lo encontró en nuestro Padre Celestial.

Dr. Ascanio Peguero MD, MDiv, BCC, DPS.
Actuamente sirve como director del Centro de Neuroteología Práctica.

PREFACIO DEL DR. JOSÉ D. MONTAÑEZ

Este libro es una autobiografía muy singular. En ella el lector puede acompañar al autor, José Antonio Álvarez, en una jornada emocionante y esperanzadora. El testimonio del escritor es evidencia clara de cómo, aun ante los grandes desafíos de la vida, el cuidado y la providencia de Dios nos acompañan y su plan se va develando en el camino.

Dos principios son medulares y acentuados responsablemente por el autor: primero, la paternidad divina ante la orfandad humana; segundo, el valor trascendental de la educación como vehículo para propiciar el cambio que el pueblo Latinoamericano necesita hoy.

José Antonio es padre, esposo, pastor, profesor, académico, y un apasionado lector. Sin embargo, antes fue huérfano, pobre, maltratado, y un niño de la calle. Su trayectoria debe inspirar a cada niño, joven y adulto a no rendirse ante las adversidades de la vida. Este es un libro que cada miembro de la familia debe leer.

El caminar de Álvarez es una propuesta de vida en la que el bien vence al mal, la lucha se antepone a la pasividad y la fe vence sobre la duda. En resumen, su desarrollo integral es una proclamación encarnada de que “sí se puede”.

Dr. José Daniel Montañez
Pastor Principal
Iglesia de Dios Central
San Antonio, Texas

Prólogo

La primera vez que oí de José Antonio Álvarez fue en un restaurante donde comí con unos amigos durante un largo trasbordo que tuve en el aeropuerto de DFW. Recuerdo unas grandes y coloridas figuras de animales selváticos que adornaban las paredes. Allí mis amigos se toparon con un conocido suyo que era por aquel entonces profesor en *Christ for the Nations*, una reconocida institución de formación ministerial, y me lo presentaron. En ese fortuito encuentro que no pudo haber durado más de unos minutos, su amigo, al enterarse que yo dirijo un programa de becas desde 1993 en Regent University, me recomendó a José Antonio, quien acababa de graduarse de CFNI, como alguien que bien valdría la pena becar para hacer estudios de Maestría. Ese interés espontáneo de alguien en una posición privilegiada para evaluar su potencial académico, pesó mucho cuando él, sin saberlo, poco después solicitó una beca.

Muchas veces desde entonces he podido ver de cerca las marcas del favor divino sobre la vida de este sencillo varón a quien Dios ha separado para una inverosímil pero histórica misión. Creo firmemente que José Antonio Álvarez ha sido preparado y enviado para suplir dos necesidades de la teología latinoamericana. Por un lado, él se siente llamado a elevar el nivel académico de la iglesia evangélica más pobre y descuidada y por el otro tiene una indudable vocación de desarrollar nuestra propia teología criolla. Se trata de leer la Biblia con los ojos y el corazón de nuestra gente, empapados en nuestra historia y literatura, y -como tal vez lo diría él, en uno de sus arranques poéticos- del rocío de nuestros prados, la humedad de nuestras selvas, del sol ardiente de nuestras playas y el frío seco de nuestras cordilleras.

José Antonio se deleita como un niño en escalar las pirámides y hurgar en los recovecos de nuestras ruinas mayas o aztecas, se asombra al contemplar los palacios, catedrales y museos de España y América, husmea como un sabueso las pistas de antiguos conocimientos en los libracos de las grandes bibliotecas. Es un hombre de libros, no hay duda, porque en ellos se conserva la sapiencia de muchos otros que vivieron antes que nosotros. No sólo le apasiona el Antiguo Testamento bíblico, su especialidad teológica, sino el “testamento” monumental y literario de generaciones antiguas que nos dejaron sus huellas, en las que él lee e interpreta -y a veces canta en versos sentidos- las trazas de nuestra identidad americana. Qué paradójico, que un hombre que desconoce su propio origen, el de su “yo” sin respuestas, se interese tan vivamente en nuestro origen común, lo que nos hace ser “nosotros.”

Hay que leer estas páginas de su biografía, tal como fueron escritas: con el corazón en la mano. José Antonio las revivió al escribirlas, y no pocas veces intuimos que derramó sus lágrimas, por lo que es fácil acompañarlo en sus sorpresas de niño que no tuvo entonces a quien contarle lo que sentía. El que lea su biografía se debe dejar llevar por sus arrebatos poéticos a alturas desde donde sólo las musas pueden ver lo invisible, celebrar al máximo lo mínimo, aterrizando siempre en la plena confianza de que se puede confiar siempre en la sabia y amorosa mano de Dios. El que se deje hacerlo, disfrutará mucho al explorar hondamente su corazón y se asombrará frecuentemente de su agudo poder de observación.

Leerla me llenó muchos vacíos sobre su trayectoria y me añadió no pocos detalles de ese duro y fascinante peregrinaje que el Señor le regaló para que cosechase en gozo para toda América lo que en amargas lágrimas le fue sembrado en México.

El lenguaje de esta biografía parece a veces tosco, otras rebuscado, pero es siempre fresco y completamente sincero. Puedo testificar que así habla, piensa y siente este hombre. Temo que, al leerlo, algunos seres empequeñecidos por sus muchos estudios se fijen en la forma más bien que en el contenido, en el estilo más bien que la intención. Porque al darnos acceso a los girones desgarrados de su alma para bendecirnos con su experiencia inusual, este erudito arriesga el desprecio de sus colegas intelectuales, sus iguales en todo menos en las oportunidades a las que tiene derecho toda niñez, y toda mente hambrienta de cultivo.

Adelante, pues, lector, a disfrutar una experiencia como pocas, una ventana abierta a un alma inocente que ha transitado por calles desconocidas para la mayoría de nosotros. Dejémonos llevar de la mano por este corazón grande y grandemente agradecido: su contagio nos hace falta a todos.

El Profesor José L. González, es el presidente de Semilla y autor del libro Machismo y Matriarcado.

Índice

Capítulo I	¿Quiénes son tus padres?	15
Capítulo II	Un escape necesario	27
Capítulo III	Arduo trabajo	33
Capítulo IV	Lecciones que aprendí como pastorcillo de ovejas	41
Capítulo V	Camino al norte	61
Capítulo VI	Encontré a Dios en el campo de fútbol	67
Capítulo VII	Matrimonio y esperanza como estudiante	75
Capítulo VIII	Años de formación en el Instituto Bíblico	85
Capítulo IX	Explorando más oportunidades de formación	93
Capítulo X	El sueño de estudiar en la Universidad Regent realizado	97
Capítulo XI	Nuevos objetivos: Los estudios en Europa	113
Capítulo XII	Estudios de posgrado en la prestigiosa Universidad de San Andrés, Escocia	125
Capítulo XIII	Adoptado por el Padre Celestial	143

DEDICATORIA

Dedico esta obra a Dios Padre, a mi esposa Verónica e hijos José Antonio Jr. y Daniel.

Después de largos años y no pocas preguntas de mis estudiantes acerca de cuándo escribiría mi historia de vida, finalmente la tienes en tus manos. En este libro, encontrarás plasmadas varias escenas de mi vida en diferentes puntos geográficos del mundo. Escribir lo vivido no ha sido fácil y en momentos, tampoco placentero, especialmente cuando no se tienen gratos recuerdos de la niñez. En estas líneas, he tratado de recopilar los momentos que de alguna manera marcaron mi infancia y juventud. En ocasiones, estas marcas fueron de profundo dolor y, en otras, de espontáneas sonrisas. Grandes y pequeñas, todas ellas fueron como el cincel en la mano del artista que esculpe la estatua del deforme mármol y hace nacer su exquisita obra de arte. De esta misma manera, golpe a golpe, el Maestro, está formado un corazón que constantemente confié en El.

En mi andar de esta vida, estoy profundamente agradecido con Dios, por todas las personas que de alguna u otra manera han contribuido para que haya logrado llegar hasta aquí. En ocasiones, el camino ha sido escabroso y serpentino y en otras se ha sentido como que estaba a punto de claudicar. No obstante, con certidumbre te puedo decir que: “... *hasta aquí nos ayudó Jehová...*” (1 Samuel 7:12).

Sin la incondicional y constante ayuda de mi amada esposa Verónica, y nuestros hijos José Antonio Jr., y Daniel, la historia de mi vida sería otra y quizás terriblemente oscura. A ellos, mi corazón les agradece profundamente por ser pacientes y

amorosos cuando camine cabizbajo, sin animo, sin fuerzas para dar un paso más y aun, cuando sentí que el sol no brillaba más en mi horizonte. Ellos son el gran tesoro que Dios Padre me prestó para cabalgar feliz y firme en este largo camino llamado vida. Sin mi dulce familia, no puedo imaginar mi vida. Te invito a explorar este libro que encapsula en sus páginas gran parte de mi vida, siempre acompañado por el Dador de la vida.

Dallas, Texas
Noviembre 11, 2016

Sin Padre Terrenal, Adoptado por el Padre Celestial

“Aunque mi madre y mi padre me dejaren, con todo
Jehová me recogerá” (Salmo 27:10, RVR1960)

Capítulo I

¿De dónde vienes y a dónde vas?

Casi siempre que conozco a una persona nueva, me pregunta: ¿De qué país eres?, ¿en qué ciudad o pueblo naciste?, ¿quiénes son tus padres?, ¿tienes hermanas, hermanos, tías, tíos, primos, abuelos, o quizá algún familiar lejano? Esto me suele suceder con bastante frecuencia tanto en Estados Unidos como en otros países donde he tenido el privilegio de impartir conferencias. Aunque a veces no del todo me comprenden, tranquilamente les contesto que no tengo la más mínima y remota idea de dónde me haya “dejado la cigüeña” y que tampoco tengo el privilegio de conocer a mis padres, hermanos, tías, tíos, primos o abuelos, los cuales seguramente viven o vivieron en alguna parte de algún continente de este vasto mundo. En muchos de los casos, inmediatamente

veo el rostro de la persona que me inquiera, lleno de mil preguntas incontestables y ojos plenos de asombro, por mi inusual respuesta.

“Al darte un vistazo, por tu fisonomía, pensé que eras libanés o de ascendencia del Medio Oriente”

Una vez, llevando a cabo investigaciones de posgrado en la emblemática biblioteca de la Universidad de San Andrés, Escocia, misteriosamente y paulatinamente, se me acercó un investigador egipcio, el cual me regaló chocolates como gesto de amistad. Me preguntó: ¿Cuál es su nacionalidad?, y le contesté que, de acuerdo a mis documentos legales, era mexicano. Ya sumergidos en la repentina conversación, con un inglés fuertemente marcado por su singular acento árabe, me confesó y dijo: “Al darte un vistazo, por tu fisonomía, pensé que eras libanés o de ascendencia del Medio Oriente”. En otras ocasiones me confunden con ser hondureño o colombiano, o de algún otro país latinoamericano. Esta presunción se atribuye a que he vivido muchos años fuera de la tierra mexicana que me vio crecer, y ya perdí el acento mexicano, que en realidad es nada más que un acento dentro del mosaico étnico y lingüístico que es el México de hoy. A pesar de que desconozco mi origen de nacimiento, lo que sí sé a ciencia cierta, es que yo crecí en el colorido suelo mexicano.

Orfanato como aparente hogar de niños

El recuerdo más remoto y no muy grato de mi tierna edad es el de doña Rosa María, mujer de piel morena agrietada por el paso

En ese gélido orfanato de paredes sin amor, y sin colores pastel, escuché un sinfín de gimoteos y experimenté lagrimeos, pero no recuerdo haber recibido ningún tierno cariño, materno-canto-arrullador.

del tiempo y pelo claroscuro crespo. Ella era la que mecánica y herméticamente, día tras día nos bañaba en el frío patiecillo del orfanato a mí y a otro grupito de niños

formados cual hormiguitas que desfilaban frente al temible chorro de agua helada que impetuosamente escupía la negra manguera sostenida por las ásperas y callosas manos de la doña que era menos Rosa, y más María. La manguera era usada para avanzar rápido y así terminar la frecuente tarea que parecía no finalizar en las cansadas manos de nuestra añeja cuidadora.

En ese gélido orfanato de paredes sin amor, y sin colores pastel, escuché un sinfín de gimoteos y experimenté lagrimeos, pero no recuerdo haber recibido ningún tierno cariño, *materno-canto-arrullador*. Al contrario, todo era mecánico, como lo es una fábrica operada por fríos robots color aluminio, los cuales sólo están programados para maximizar la producción y no mostrar

amor ni cariño al indefenso corazón de un tierno niño. Los días, meses y aun años pasaron como aves migratorias en el gris cielo mexicano sin yo saber exactamente la noción del extenso y monótono paso del tiempo. Seguramente, no pocos pequeños tuvieron la dulce dicha de ser adoptados y abrazados para así, felizmente haber encontrado a los anhelados padres y el dulce cariño largamente añorado, pero poquísimas veces genuinamente encontrado.

Adopción como nueva forma de vida

Después de sobrevivir un prolongado tiempo en el orfanato y vivir en carne propia el desamor y no ser adoptado, una mañana no común y sí muy abundante en gruesas gotas de rocío, traslúcidas por los potentes matutinos rayos solares en contraste con el verde pasto, no era sólo yo el beneficiado de ser adoptado, sino también un pequeña niña de largas trenzas negras y ojos redondos como lunas color miel, era también la afortunada en salir de aquel hermético lugar, frío y falto de amor, llamado casa hogar, que de casa tenía muy poco y de dulce hogar muchísimo menos.

El último recuerdo de aquel inolvidable y lúgubre orfanato fue un pequeño cuarto oscuro, donde el director del lugar nos presentó a mí y a la que ahora era mi pequeña hermanita, a nuestros nuevos